

*Comprender la agresividad escolar
como punto de partida para
formar ciudadanía*

*Institución Educativa Distrital
Tom Adams*

*Amira Inés Garnica Moreno
Patricia Fonseca Velandia
Olga E. González De Hurtado
Bernarda Rodríguez Bejarano
Miryam Sierra Sierra
Ángela María Velasco B*

*Asesor: Adalberto León Méndez
Interventor: Manuel Alfonso Gaviria*



Miércoles

12:30 pm

Los(as) chicos(as) inician la entrada al colegio: “su segundo hogar”, la puerta da paso a muchos sueños y deseos de nuestros estudiantes: unos por aprender algo nuevo y otros probablemente para escapar de los diarios problemas de la familia.

Suena el timbre dentro de la Institución Educativa, la jornada está por empezar. Unos cuantos estudiantes entran conversando –incluso se saludan con un vocabulario coloquial propio de los chicos en la actualidad–. Otros empujan sin querer a sus compañeros(as) y reciben como respuesta insultos –e incluso golpes–, ante las miradas desprevenidas de quienes están a su alrededor. Algunos(as) esperan afuera a que se haga tarde para evitar la primera hora de clase, mientras que otros simplemente juegan monedas sin importar que ya se inician las clases. No faltan los que se prestan alguna prenda del uniforme pues se lo están revisando. Algunas niñas entran mirando al piso, no es que algo se les haya caído, es una estrategia para evitar el llamado de atención por su excesivo maquillaje. Aquí apenas se inició un día de clases, como cualquier otro, en el diario transcurrir de la I.E.D. Tom Adams todo acaba de dar inicio...

1:40 p. m

Los pasillos son el lugar preferido por la mayoría de los estudiantes durante el cambio de clase. Vuelan papeles por los aires, hay empujones, gritos, puertas azotadas, pupitres que se arrastran o que se golpean una y otra vez, algunos aprovechan esos breves instantes para jugar su partidito de fútbol, otros corren y se empujan porque el “profe” salió y no alcanzaron a entregarle el trabajo... y hasta parece el día de la madre porque se la recuerdan unos a otros, el calibre de las palabras (al menos como nosotros las conocemos) sugieren que hay disgusto entre ellos pero dicen que así se “demuestran simpatía”, casi todos(as) se tratan de forma tan despectiva que para ellos(as) es normal. Cuando el profesor llega necesita de un esfuerzo sobrehumano para establecer el orden e iniciar la clase que sólo le parece importarle a él, y... cuando por fin parece haber disposición en la mayoría de los estudiantes... le informan que acaba de perderse un juego de llaves y una billetera con cierta cantidad de dinero...

3:30 pm (patio de descanso)

Ha sonado el timbre nuevamente y por tercera vez desde que se inicio la jornada escolar; todos(as) corren a guardar sus útiles en la maleta para salir corriendo con ella. ¡No! ¡No es que hoy salgan más temprano!, es que por ahí puede haber alguien amigo(a) de lo ajeno o que por maldadoso(a) esconde o daña los bienes del compañero(a), mejor cuidar bien de lo propio porque lo más seguro es que nadie responda o nadie ayude a resolver el problema.

Una vez en el patio, impera la ley del más fuerte, de la burla, de la ofensa y del que logra amargar el rato a unos cuantos. Algunos juegan, pero eso sí, cuidado del que se atraviese en el camino, hay que ganar, hay que reducir al “enemigo” a la impotencia cueste lo que cueste, otros se empujan por alguna cosa en discusión o para poder comprar en la tienda “cooperativa”. Y por supuesto ¡agüita pa' mi gente!, se persiguen por el patio con vasos y bolsas con agua hasta empaparse de la cabeza a los pies, en el baño la llave del lavamanos se convierte en sistema de riego que alcanza a todo el que se cruce por delante, también es buena hora para retocar el peinado metiendo la cabeza al lavamanos... y olvidar cerrar la llave.

5:35 pm

Ya casi es cambio de clase, en un salón se oyen a lo lejos gritos ofensivos, insultantes, humillantes. ¡Quién lo creyera! también los(as) docentes somos seres humanos y nos equivocamos. También nosotros aportamos a este problema convivencial. Lo hacemos (consciente o inconscientemente) en algunas ocasiones de una forma sutil sólo para mantener el control y la “autoridad”, en otras, porque hemos llegado al límite de resistencia emocional o por cualquier otra razón, la verdad es que contribuimos aún con la indiferencia a motivar respuestas agresivas de los estudiantes entre ellos y hacia nosotros mismos. Con nuestra actitud, como modelos adultos que les recuerdan a otros, hacemos “aflorar” sus conflictos latentes y los llevamos a reaccionar de forma agresiva, con palabras de enojo dichas en voz baja o incluso devolviéndonos la agresión de forma abierta...

6:35 pm (hora de salida)

¡Al fin!.. se acabó la jornada. En pocos minutos el colegio quedará vacío, no más gritos, no más insultos, no más empujones, no más problemas por resolver, al menos hasta mañana... Las agresiones del espacio escolar se trasladan al escenario de la calle. Desafortunadamente hay fuertes rumores de que en la “U” –a dos cuadras del colegio, el lugar privilegiado para las “peleas cazadas”– habrá hoy una “pelea doble”, fuerte encontrón... Por un lado estarán un estudiante de octavo y otro de noveno, ambos de la jornada de la tarde. Por el otro, uno de grado once de la tarde, próximo a graduarse –si sale bien de ésta– y otro de décimo de la mañana. Los primeros se enfrentan por una discusión al interior de la institución en la que nadie intervino. Los segundos por el “amor” de una chica de séptimo. ¡Así son los asuntos del corazón! –para ellos por lo menos–. ¿Resultados? Del primer encuentro: ambos estudiantes con golpes en la cara y las costillas rotas. Del segundo: el estudiante de la tarde fue llevado al hospital por sus compañeros con una grave herida de arma blanca, con diagnóstico médico: “pulmón perforado”, el otro chico salió airoso del enfrentamiento... aunque con matrícula cancelada días después... Entre tanto, en otra cuadra cercana a la institución, el presidente del consejo estudiantil (hincha ferviente de su “Millos del alma” e integrante de los Comandos Azules) es golpeado por varios jóvenes pertenecientes a las barras bravas del América. Resultado: ¡Nuevo presidente del consejo estudiantil! Para evitar los riesgos, el chico se retiró de la institución (ya era casi la cuarta vez que

esto sucedía), no podía seguir arriesgando su vida a pesar de la colaboración de profesores que lo escoltaban o lo sacaban escondido en sus automóviles...

¿Se parece acaso esto a algunas escenas que ve o vive diariamente en su institución educativa? No se asuste... es simplemente el fiel reflejo de la sociedad colombiana y de lo que se vive en la gran mayoría de las instituciones educativas no sólo de carácter oficial.

Estas escenas fueron las que motivaron a un grupo de docentes de las áreas de ciencias, matemáticas y sociales, y a la orientadora de la IED Tom Adams J. T., a replantearnos la forma de asumir la violencia y la agresividad, no como parte de la cotidianidad sino como una situación adversa a la que se debería inicialmente comprender en sus múltiples causas para luego plantear soluciones pedagógicas desde las raíces profundas que generan la violencia.

Como resultado de la reflexión al interior de un Programa de Formación Permanente de Docentes (PFPD) sobre formación en ciudadanía, desarrollado durante el año 2003, se plantaron las bases de esta investigación que hoy cuenta con docentes comprometidos y nombre propio "*Comprendiendo la agresividad escolar como punto de partida para formar ciudadanía*"¹ y que responde inicialmente a la sentida necesidad de producir conocimiento a partir de los conflictos de la vida en el escenario escolar, para articularlo a la experiencia de nuestra práctica pedagógica y en segundo lugar manifiesta la inquietud conjunta de las docentes comprometidas en éste, para conocer las diferentes causas de la violencia escolar y sus manifestaciones en la Institución Educativa Distrital Tom Adams, comprenderlas, canalizar estos niveles de agresividad y permitir el planteamiento y desarrollo de estrategias pedagógicas que lleven a la disminución de su impacto, a la construcción de ciudadanía y a la transformación institucional.²

Para ello nos propusimos:

- Elaborar un diagnóstico participativo que permita identificar los comportamientos agresivos y violentos de los diferentes estamentos de la comunidad educativa.

1 Apoyado por el IDEP, a partir de la Convocatoria 08 de 2003 como proyecto de investigación en la escuela y/o en el aula orientado a generar procesos de aprendizajes ciudadanos en estudiantes de básica primaria, básica secundaria y media del Distrito Capital.

2 Se resalta que el proceso de conformación del equipo investigador se inició con dos docentes del área de ciencias sociales y ahora tiene representantes de otras áreas y cuenta con la participación de la orientadora y la colaboración de instancias directivas (rectoría y coordinación) quienes han proporcionado algunos espacios para el desarrollo del proyecto.

- Establecer las causas que generan estos comportamientos, para determinar los niveles alcanzados por los(as) estudiantes de grado 8°.
- Sensibilizar y motivar a los miembros de la comunidad educativa sobre los diferentes niveles y formas de violencia que se viven en la vida cotidiana de la institución y motivarlos para comprometerlos en la transformación positiva de esta situación.
- Socializar las estrategias pedagógicas significativas que surgieran de este proyecto para lograr la participación de los actores involucrados en el proceso de formación de ciudadanía.
- Sistematizar la experiencia, divulgarla y hacer aportes a la comunidad educativa Institucional y local.

Para lograr estos propósitos se buscó un enfoque metodológico que ayudara a crear una propuesta que pudiera ser aplicada en el mismo espacio escolar, comprometiendo no sólo a estudiantes, docentes y directivos, sino a la familia y a toda la institución. Debido a que la vida escolar permite fácilmente el desarrollo de capacidades investigadoras para identificar problemas, observar, registrar, interpretar información, reflexionar, experimentar, planear, evaluar y escribir, se vio la pertinencia de adoptar una estrategia metodológica como la I. A. P. (Investigación Acción Participativa), que se caracteriza por ser una fuerza creativa que da impulsos a la labor docente; buscando comprender los problemas al tiempo que se construyen soluciones a los mismos y se promueven cambios escolares, a través de la creación de comunidades autocríticas y autónomas, en lugar de la generación de grandes teorías.

Al apropiarse de esta metodología, el proyecto promovió la participación social como elemento democrático que llevara a un proceso abierto de vida y trabajo, una vivencia y una progresiva evolución hacia la transformación de las relaciones microsociales cotidianas que van generando cultura agresiva y violenta.

Las personas involucradas en este estudio, al ser conscientes de la actividad investigativa, aprendieron sobre sí mismas y su realidad al mirar, a la luz de referentes teóricos, su desempeño pedagógico, asimilando el nuevo conocimiento y buscando estrategias pedagógicas propias para llevar a cabo el cambio. Los(as) participantes fueron entonces sujetos y objetos de su propio desarrollo y transformación pedagógica.

A lo largo del proceso, el equipo de investigación jugó un rol estratégico que ayudó a identificar las redes causales subyacente al problema, para lo cual realizó una amplia consulta, análisis y reflexión alrededor de un fecundo y amplio referente teórico que sirvieron para abrir el camino, diseñar instrumentos³ que permitieran

3 Encuestas a estudiantes, test, historias de vida, talleres con padres de familia, docentes y estudiantes; entrevistas abiertas, conferencias, observaciones (guías), entre otros.

comprender las causas del problema y dilucidar la forma de planear estrategias para contribuir a cambiar las condiciones de violencia y agresividad que se viven en la institución. El resultado de este proceso fue compartido con la comunidad para ser retroalimentado y confrontado, para conocer diferentes percepciones sobre esta realidad y así comprender con mayor profundidad el problema y discutir alternativas para lograr el cambio, su implementación, mejoramiento y restricciones o impedimentos.

En el debate acerca de la violencia y el comportamiento agresivo en las escuelas, subyacen cuestiones y retos de gran alcance y con profundas implicaciones para la sociedad. En definitiva, lo que se está jugando aquí es si la escuela puede retomar su función como estrategia para formar seres de excelente calidad humana, como instrumento de cohesión social y de integración democrática de los(as) ciudadanos(as), una opción para superar la violencia, propiciar la igualdad de oportunidades y lograr una competitividad basada en el despliegue de potencialidades del ser humano seguro de sí mismo, capaz de construir sus conocimientos, sus valores, su identidad y su futuro en un contexto de libertad, respeto, tolerancia y solidaridad.⁴

Los expertos dicen que la violencia no es instintiva, sino que se aprende y por ello, la educación es elemento compensador y un instrumento indispensable para erradicar las relaciones violentas. Es de suponer entonces que estos graves problemas se pueden aminorar desde el ámbito del aula, con una mayor intervención y apoyo de la familia, la sociedad y el Estado. Al respecto Carlos Eduardo Vasco plantea que *“La educación tiene buena parte de la responsabilidad civil en los problemas de la violencia y de la corrupción en Colombia y puede hacer desde ahora un aporte muy significativo a que se resuelva dentro y fuera de las instituciones”*⁵.

La historia ratifica que la violencia no es un fenómeno espontáneo sino una constante inherente a la organización social dominante. La especie humana ha realizado a lo largo del tiempo diferentes construcciones culturales que han configurado una manera de entender las relaciones de dominio de los más “fuertes”, entendiéndose que esta “fuerza” está legitimada por pautas y aprendizajes culturales. Desde esta perspectiva se tienen dos posiciones: una que valida la violencia como innata al ser humano, y otra—base de este proyecto— que no la valida. Lo que es innato es la agresividad, que no es lo mismo que la violencia. La agresividad es fuerza vital,

4 CASTAÑEDA, Elsa. “Educación secundaria: un presente por construir. Jóvenes, educación y violencia”. En: *Violencia en la escuela*. Serie: Vida de Maestro. IDEP. Alcaldía Mayor de Santafé de Bogotá. 1999, pág. 43.

5 VASCO U., Carlos E. “La educación para la ciudadanía, la paz, la democracia y los derechos humanos: Una mirada integral a las instituciones educativas”. En: *Escuelas y Ciudadanías*. Corporación Región. Medellín. 2003, pág. 64.

pulsión, instinto de supervivencia... Realmente la agresión y la ternura, el odio y el amor son impulsos vitales del ser humano que coexisten simultáneamente, solamente que el amor y la ternura, es necesario formarlos intencionalmente para reducir los niveles de agresividad y violencia y esa es precisamente la tarea de la educación y la pedagogía. Como lo dice Erich Fromm, hay dos tipos de agresividad: una biológica y adaptativa que nos impulsa a atacar o huir ante amenazas, y otra, denominada perversa que da origen a la crueldad, a la destructividad, a la violencia.

Se entenderá entonces agresividad y violencia de la siguiente forma:

La agresividad como resultado de la secuencia⁶:

Maltrato + Sentimientos + Ideas + Tendencias de comportamiento

...que tiene que ver más con la lucha por la adaptación que con los impulsos destructivos, que sería entonces violencia como uso deshonesto, prepotente y oportunista de poder sobre el contrario, sin estar legitimado para ello.

Agredir a alguien significa hacerle daño ya sea física, verbal o relacionalmente (es decir buscar dañar relaciones o status social de otros(as)⁷. La agresión de acuerdo a su función puede ser:

- a) *Reactiva*: cuando la agresión es de carácter impulsivo o una respuesta a una ofensa. Dicha agresión es rechazada socialmente porque demuestra poco control de emociones. Supone que hay intenciones de otros(as) para hacer daño y ante lo cual hay necesidad de defenderse.
- b) *Proactiva*: es la agresión realizada como instrumento para conseguir un objetivo a través de mecanismos como la dominación, el soborno, el chantaje, la intimidación (matoneo), el terror o la premeditación. Es incluso valorada socialmente y conlleva a una posterior formación de pandillas por el liderazgo que implica. Podría pensarse que los agresores proactivos disfrutan a veces del sufrimiento que causan en otros(as); generalmente carecen de un sentimiento de culpa que "parece" relacionarse más con el abandono y la permisividad que con el maltrato.

De otro modo, la violencia es entendida como fuerza o energía desplegada impetuosamente, para herir, abusar, humillar, dominar, torturar, destruir o causar la muerte; un estilo de afrontar un conflicto y mostrar por completo la más primitiva

6 CEREZO R., Fuensanta. *La violencia en las aulas*. Editorial Pirámide. Madrid. 1999.

7 De acuerdo con diversos estudios la agresión física es más común en niños y la relacional entre niñas.

forma humana con un amplio aval cultural e histórico: una manera de entender la vida partiendo de la idea de superioridad frente a la víctima para revalidar o perpetuar el propio espacio de poder. La violencia se manifiesta desde el desconocimiento del otro, cuando no se reconoce en el espacio, cuando no se pronuncia su nombre, hasta el golpe de autoridad –que a veces es más fuerte y lesivo que el físico– justificado en el uso del conocimiento o de la edad para someter...

Una de las más palpables manifestaciones de la violencia en la escuela es el denominado *Bullying* o matoneo, que implica una conducta perjudicial y malintencionada entre estudiantes; es un tipo de violencia mantenida física, verbal o indirectamente; una forma de maltrato hacia otro(a) más débil que se convierte en su víctima habitual. Los estudios realizados en los últimos años sobre la violencia escolar (a la que se ha denominado con el término inglés *bullying*: derivado de *bull*, matón) reflejan que: 1) se suele incluir conductas de diversa naturaleza (burlas, amenazas, intimidaciones, agresiones físicas, aislamiento sistemático, insultos); 2) se tiende a originar problemas que se repiten y prolongan durante cierto tiempo; 3) suele estar provocada por uno(a) estudiante (el matón), apoyado generalmente en un grupo, contra una víctima que se encuentra indefensa, que no puede por sí misma salir de esta situación y 4) se mantiene debido a la ignorancia o pasividad de las personas que rodean a los agresores y a las víctimas sin intervenir directamente.

No obstante, como señalamos, no necesariamente son hechos de violencia. En general son problemas de disciplina, en tanto sólo alteran la labor en el aula y remiten a las relaciones pedagógicas, específicamente. La importancia de este tipo de actos remite al costo académico que tienen, fundamentalmente, por cuestionar la función del docente y por romper el clima grupal.

En el conjunto de estos procesos, la violencia que se presenta en nuestros centros educativos y en los(as) chicos(as) surge como mecanismo para satisfacer de alguna manera los vacíos vitales del mundo material, psíquico y espiritual de los niños y las niñas y del sistema de normas y valores de la comunidad en la que están insertos.

La violencia escolar es un fenómeno que traspasa la mera conducta individual y se convierte en un proceso interpersonal, porque afecta al menos a dos protagonistas: quien la ejerce y quien la padece. Además, puede existir un tercer afectado que es quien la contempla sin poder o querer evitarla.

Algunos(as) estudiantes llegan a la institución educativa con signos visibles de violencia que se respira en la familia o en las calles, llegan a la institución maltratados(as), con carga de soledad, desamor, con sentimientos de rabia, desconfianza y manifiestan, en su interacción con los otros y con el entorno, actitudes violentas y agresivas. El maltrato, en sus diferentes formas, recibido desde el núcleo familiar, o en el entorno más cercano a las relaciones familiares va generando rabia, dado que los niños y las niñas están a merced de la voluntad de los adultos. Esa

rabia reprimida y acumulada emocionalmente, a lo largo de los primeros años de vida se va convirtiendo en odio, que a su vez va construyendo el carácter violento de los niños y niñas, que van descargando, muchas veces inconscientemente, contra sí mismos (drogadicción, prostitución, anorexia, bulimia, suicidio, entre otros), contra los otros compañeros o contra las cosas que lo rodean. Es decir se están vengando de la agresión y la violencia recibidos.

Alice Miller sintetiza de la siguiente manera esta espiral de agresión y de violencia contra la infancia y la juventud: "... el público en general dista aún mucho de advertir que las experiencias tempranas del niño en sus primeros años de vida repercutirán irremisiblemente en la sociedad entera, de que las psicosis, la drogadicción y la criminalidad son la *expresión en clave cifrada* de aquellas experiencias tempranas"⁸.

Frente a esta situación, se encuentran los maestros, personas igualmente con problemas y necesidades, con sus propias historias de vida, que a pesar de su preocupación, se ven limitados para afrontarla⁹, y en el intento de hacerlo, contradictoriamente, asumen posiciones que generan un clima escolar violento, caracterizado por posturas autoritarias y verticales, independientemente de la intencionalidad manifiesta de actuar así por el bien de los estudiantes¹⁰.

Si a la cuota de agresividad expresada en forma directa por parte de sus propios(as) compañeros(as), se le añade la que los estudiantes presencian y padecen, en ocasiones, por los(as) docentes; se tiene un contexto institucional dentro del cual la agresión y la violencia son promocionadas y justificadas como formas de relación normales con los demás. Los(as) estudiantes, por tanto, estarían siendo socializados en la injusticia, el desamor, la insolidaridad, el autoritarismo, el rechazo a los débiles y a los pobres, el maltrato físico y psíquico y, en resumen, en un modelo de relaciones interpersonales basado en el desprecio y la intolerancia hacia las diferencias personales en particular y hacia la diversidad en general¹¹. Desde el currí-

8 MILLER, Alice. *Por tu propio bien. Raíces de la violencia en la educación del niño*. Tusquet Barcelona. 2001, pág 9-10.

9 Quizá sea por su formación tradicional frente al manejo y resolución de conflictos.

10 Es frecuente hallar climas y culturas institucionales que se expresan a través de rasgos violentos, como exigencias en las rutinas escolares y en los sistemas de evaluación; relaciones interpersonales agresivas; directivas lineales y arbitrarias; fenómenos de dominación y de sustracción de la información, de chismes y rumores; o, simplemente, escuelas donde la desorganización y la improvisación generan climas de trabajo estresantes.

11 Este aprendizaje modélico, que apoya Bandura, explica por qué la escuela puede llegar a promover la violencia como medio para obtener resultados y resolver problemas.

culo oculto, la escuela, como instancia socializadora, puede transmitir patrones, normas, actitudes y prácticas culturales relacionadas con la violencia. Desde esta perspectiva se puede integrar al propio currículo el análisis de situaciones violentas y el manejo y resolución pacífica de conflictos como una valiosa oportunidad de aprendizaje. Aunque *el conflicto es inherente al ser humano, no debemos asociarlo siempre con la violencia*. El conflicto es una relación del tipo en que ambas partes procuran la obtención de objetivos que pueden o parecen ser incompatibles para alguna de ellas. También puede ser el resultado de expectativas divergentes, de malentendidos o sobrentendidos. El conflicto lleva en sí un componente de alta emotividad que puede derivar en agresividad cuando fallan en alguna medida los instrumentos mediadores con los que hay que enfrentarse al mismo. Ante una tensión de intereses, aparece un conflicto, hasta ahora no es problemático porque todo depende de los procedimientos y estrategias que se utilicen para salir de él. Si se usan procedimientos belicosos, aparecerán episodios agresivos, que pueden cursar con violencia si uno de los contrincantes no juega honestamente y abusa de su poder, luchando para destruir o dañar al contrario, no por resolver el asunto; eso es violencia, el uso deshonesto, prepotente, y oportunista del poder sobre el contrario.

El problema comienza entonces cuando se aborda la resolución del conflicto a través del mal ejercicio de la autoridad, del castigo, etc., provocando un clima de tensión en el aula que los(as) docentes no saben resolver, y queda la cuestión sumergida en el currículo oculto de las relaciones interpersonales y en el clima y la cultura de la organización escolar. No es extraño entonces que el conflicto tienda a resolverse a través de la exclusión o la violencia. *El conflicto es parte de la vida humana y por ende de las instituciones; tiene un componente de agresividad, que cuando no cuenta con los canales adecuados deriva en violencia*.

¿Por qué los niños(as) eligen resolver violentamente sus conflictos? ¿Lo eligen, o es la única forma que creen posible? ¿Lo eligen, o es la única forma que han aprendido de su entorno familiar, escolar y social? En algunas etapas de su desarrollo el / la niño(a) es agresivo(a) porque responde a características biológicas y psicológicas de ese momento evolutivo y porque responde a estímulos (internos o externos) que han desencadenado comportamientos de lucha.

Los componentes sociales y ambientales constituyen dimensiones determinantes en la adquisición de modelos de comportamiento agresivo. Se evidencia así, que el modelo social que proporcionan los adultos, las experiencias de agresión y violencia familiar o escolar, el apoyo o rechazo que observa cada individuo en sus grupos de referencia –familia e iguales–, el puesto que ostente dentro de la red de relaciones del mismo, así como el modelo que de forma explícita sugieren los medios, contribuyen al desarrollo social y afectivo de un ser humano. Incluso las conductas pasivas están moduladas por el grupo, de manera que, cuando un sujeto recibe las agresiones de otro de manera sistemática, llega a ser víctima no sólo de los ata-

ques de su agresor, sino de todo el entorno social en que vive, éste se percibe como amenazante.

De esta manera, es evidente que las causas de la violencia en los(as) niños(as) y jóvenes escolares, tienen profundas raíces en la situación familiar, en el contexto sociocultural y en los medios de comunicación. La familia es la primera institución de socialización pero la separación, el abandono de los padres, la incorporación de la mujer al mercado de trabajo, ha llevado a que los padres tengan menos tiempo para la formación de sus hijos y deleguen esta tarea en otras personas o instituciones. Cuando los(as) chicos(as) ven que en nuestra sociedad, en la familia o dentro de la escuela, se nutre la firme creencia sobre la efectividad de la agresión para conseguir objetivos, indirectamente se fomenta el desarrollo de la agresión proactiva; y luego al legitimar la venganza y la respuesta violenta, se fomenta el desarrollo de la agresión reactiva.¹² Los medios de comunicación, principalmente la radio y la televisión, han entrado a ocupar, en las familias y especialmente en los niños(as) y jóvenes, importantes espacios de compañía, instrucción y distracción ejerciendo una fuerte influencia en su formación reforzando continuamente modelos humanos egoístas, ambiciosos, deshonestos, que se valen de cualquier medio para alcanzar sus objetivos; e introduciéndolos indiscriminadamente al mercado de consumo de emociones, vicios, artículos y modas.

En resumen, las variables que influyen sobre el comportamiento agresivo y violento en las instituciones educativas deben buscarse en tres dimensiones diferentes: *Evolutiva* (proceso de desarrollo sociomoral y emocional en relación con el tipo de relaciones que los(as) estudiantes establecen con sus iguales); *psicosocial* (relaciones interpersonales, dinámica socioafectiva de las comunidades y los grupos dentro de los que se vive, procesos de socialización de los(as) chicos(as) y los(as) jóvenes); y, por último, la dimensión *educativa o institucional* (que incluye la configuración de los escenarios y las actividades en los que tienen lugar las relaciones entre iguales, el efecto que sobre dichas relaciones tienen los distintos estilos de enseñanza, los modelos de disciplina escolar, los sistemas de comunicación en la institución y en el aula, el uso del poder y el clima en el que se desarrolla la vida escolar). En otras palabras, aunque se sabe que el comportamiento violento en las instituciones puede estar muy determinado por variables sociales y familiares ajenas a la escuela, también existen variables internas al propio centro educativo que parecen estar relacionadas con la mayor o menor ocurrencia o aparición de fenómenos de comportamiento violento. Es claro que sobre estas variables, estrictamente escolares, es donde la Institución puede y debe hacer el mayor esfuerzo de prevención.

12 CHAUX, Enrique. *Agresión reactiva, agresión proactiva y el ciclo de la violencia*. La investigación en la que se basa este artículo es posible gracias a la financiación del Instituto Colombiano para el Desarrollo de la Ciencia y la Tecnología Francisco José de Caldas – COLCIENCIAS y al Observatorio de Ciencia y Tecnología.

Para valorar la importancia que esta investigación tiene, conviene resaltar que *el respeto a los límites (disciplina) mejorará cuando se aprendan habilidades no violentas a través de metodologías que favorezcan su desarrollo (como la resolución pacífica de conflictos y el aprendizaje cooperativo) y se valore el desarrollo de la democracia participativa en la escuela como una de las mejores herramientas para aprender a construir la ciudadanía y la no violencia*; pues mejorará la calidad de la vida en la escuela y las relaciones que en ella se establezcan; se disminuirán los conflictos provocados por la trasgresión de las normas y desarrollará en los estudiantes el sentido de responsabilidad así como las diversas y complejas capacidades (cognitivas, emocionales y comportamentales) necesarias para asumir con eficacia un papel activo en la construcción de la democracia y la ciudadanía.

Como líderes de la comunidad educativa, los docentes tienen como responsabilidad propiciar una formación integral haciendo énfasis en la práctica de los valores, ya que estos trascienden en la vida de las personas y de manera especial en la de niños(as) y adolescentes.

En cualquier caso, los(as) educadores deben ser cada vez más conscientes de la envergadura del tema que aquí se trata; ser conscientes de que si no se realiza una investigación y reflexión sobre el cotidiano quehacer pedagógico para su transformación, todos sentirán cada día más el rigor de una vida difícil y árida; para comenzar, deberán plantearlo en positivo, es decir, no se trata tanto de qué hacen para enfrentarse a los casos de violencia, como de qué se hace para convertir las instituciones educativas en espacios agradables para los(as) chicos(as), en espacios adecuados para el aprendizaje de la convivencia en el marco de la democracia. Los centros educativos y su profesorado deben asumir que el proceso de convivencia en las aulas y el aprendizaje de la misma constituye una de las tareas docentes más ineludibles, más importante incluso que la difusión de los conocimientos disciplinares.

El(la) profesional de la pedagogía debe preocuparse por fortalecer conocimientos básicos que los lleven a garantizar una formación adecuada, que se exprese en:

- Respeto por el /la estudiante
- Respeto por sus derechos
- Tolerancia con sus sentimientos y estar dispuestos(as) a que su comportamiento —específicamente en el proyecto— informe sobre su naturaleza, su propio modo de ser (sea niño(a), adolescente o joven) puesto que en la mayoría de oportunidades se pretende anularlos y llevarlos a la "obediencia" para que hagan con gusto lo que se les ordena, dejen de hacer gustosos lo que se les prohíba y que se queden contentos con las normas que se les prescriban pensando en ellos(as) y por su propio bien

Después de décadas de fortísima expansión y democratización educativas, mantener y afianzar el carácter “inclusivo” de las instituciones educativas parece ser un gran desafío. Así, las medidas de atención a la diversidad, el aprendizaje de la convivencia, la educación en actitudes y valores, se muestran como prioridades irrenunciables para la educación institucionalizada. El carácter no estrictamente académico de dichas prioridades choca, a veces incluso con dureza, con ciertas culturas profesionales dentro de la actividad docente, y aún mucho más con ciertas posiciones ideológicas en política educativa y curricular; y esto es así sobre todo en el ámbito de la educación secundaria, el tramo del sistema educativo donde siempre se concentran los grandes debates de fondo sobre la educación. El riesgo de fragmentación social y cultural, y de deterioro de la escuela pública que tales posiciones sin duda implican, hacen aún más urgente la toma de conciencia de los(as) docentes acerca del auténtico alcance del tema y problema de esta investigación.

Conjuntamente con esta labor, es tarea de la escuela y de los(as) maestros(as) propiciar encuentros en los que en la comunidad, cada integrante se reconozca como sujeto de derechos y deberes, como ciudadano activo que busque el bienestar común, la justicia y la equidad; que luche para mejorar la convivencia y atacar las discriminaciones en todas sus esferas. Sólo de esta forma se logrará una participación comprometida y eficaz en los asuntos públicos y en la reclamación de los derechos y el cumplimiento de deberes ciudadanos.

La escuela es señalada como un espacio donde potencialmente se pueden ejercitar conductas democráticas; un espacio de encuentro de actores diversos, un lugar privilegiado para poner en práctica valores como la tolerancia y el respeto por las diferencias; un lugar donde se comparte con otros gran parte del día, tiempo suficiente para que los(as) jóvenes establezcan vínculos que van desde la colaboración y el trabajo en equipo en torno al cumplimiento de tareas puntuales, hasta relaciones de amistad y solidaridad entre pares.

Tal como sucede con la sociedad, la escuela cuenta en su interior con un orden interno y reconoce autoridades y reglamentos que se deben respetar. De modo análogo a las formas de organización de la nación, para los estudiantes la unidad básica de referencia es su propio curso dentro del cual tienen la posibilidad de elegir un representante, que a su vez será parte de una instancia superior conocida como Consejo estudiantil y a nivel de institución la elección del Personero como parte fundamental y decisiva del gobierno escolar.

Sin embargo, y más allá de estas características que ponen la escuela como un escenario potencialmente privilegiado para el ejercicio democrático, en la práctica habría una serie de circunstancias que dificultan que eso se concrete. Al respecto se pueden mencionar algunas situaciones contradictorias que impiden la formación de ciudadanos en la escuela:

- Formar para la solidaridad en un ambiente agresivo, violento y fuertemente competitivo, reforzado por los sistemas de evaluación y los mecanismos de incentivos, además de un sistema de financiamiento hace que las escuelas pongan más atención en ampliar la cobertura que en atender bien a los(as) estudiantes confundiendo los fines con los medios.
- Prácticas discriminatorias dentro de una escuela que no respeta las diferencias, que se manifiestan en la segregación de estudiantes que no se adaptan a ciertos estándares (por ejemplo, estudiantes indisciplinados, desescolarizados, chicas embarazadas, entre otros), que son catalogados como “estudiantes problema”, llevados(as) a una estigmatización y en algunos casos a un reforzamiento de la deserción escolar, dado que la escuela no tiene propuestas de retención de los niños y niñas.
- Cultura escolar fuertemente jerarquizada, indiferente y temerosa de la participación, en donde existen algunos espacios formales, que por ley se deben cumplir, en la práctica no permiten una integración real de toda la comunidad educativa en la toma de decisiones acerca de la marcha de la institución.
- Cultura escolar normativa y reactiva, que no favorece la innovación autónoma y potencia fuertemente la dependencia de una estructura central que le entrega las pautas de cómo funcionar y la poca capacidad de anticiparse a situaciones que resultan problemáticas (normas ministeriales principalmente).
- Sistema escolar que funciona dentro de la dinámica del mercado, poniendo a las familias en un papel de consumidores pero sin estar preparadas para actuar como ciudadanos en lo que respecta a la promoción y garantía de derechos de los niños, niñas y jóvenes y al control sobre el servicio educativo que reciben.
- Falta de preparación de los(as) docentes para dar una formación como la que se propone, ya que estos han sido formados(as) en un sistema educativo con las mismas falencias, situación que dificulta la puesta en marcha de nuevas propuestas e innovaciones educativas.¹³

Uno de los problemas que más preocupó en el proceso de investigación y básicamente en el diseño de estrategias que disminuyan las actitudes agresivas y violentas y fomenten la formación ciudadana y la participación democrática fue la falta de complementariedad o coordinación entre la labor educativa de la escuela y aquella educación no formal que reciben los(as) niños y jóvenes en el resto de las relaciones sociales en que se desenvuelven cotidianamente.

13 FERNÁNDEZ, Gabriela. *La ciudadanía en el marco de las políticas educativas*. \t “_top” Ediciones - \t “_top”. En: Revista Iberoamericana de Educación \t “_top” Número 26 . \t “_top” OEI. Chile. 2001 .

Últimamente, ante la creciente desintegración de la familia y la pérdida de legitimidad de las organizaciones políticas y religiosas, la escuela es vista como la solución a los problemas de agresión y violencia social. Es de suponer que debemos pensar que estos graves problemas se pueden arreglar desde el ámbito del aula, por lo menos en el cumplimiento de sus funciones, cosa que es posible sólo con una mayor intervención y apoyo de la familia, la sociedad y el Estado, al asumir las responsabilidades que tienen en la construcción de una relación humana más justa e igualitaria.

Las instituciones educativas no pueden instalarse en contemplar pasivamente la catástrofe social, el derrumbe cotidiano de sus instituciones democráticas, no pueden ser indiferentes porque, como se ha afirmado, la educación sola no puede resolver los problemas de la sociedad, pero no hay ningún problema de la sociedad que se pueda resolver sin educación.

Todos los estudios apuntan a señalar que la violencia no es instintiva, ni congénita en los seres humanos sino que se aprende y por ello, la educación (formal, no formal e informal) es un elemento compensador y la única estrategia que la especie humana ha construido para formar seres humanos que no tengan que recurrir a la violencia para resolver los conflictos que necesariamente se dan en la vida cotidiana. “Las personas cuya integridad no ha sido dañada en la infancia y que han recibido de sus padres –y maestros, decimos nosotros– protección, respeto y sinceridad, serán jóvenes y más tarde adultos, inteligentes sensibles fuertes y perceptivos. Sentirán alegría de vivir y no necesitarán dañar a otros o a sí mismos, ni cometer asesinatos. Utilizarán su fuerza para protegerse, pero no para atacar a los demás. No podrán más que respetar y proteger a los más débiles y por tanto a sus propios hijos, pues es exactamente lo que han experimentado y porque vivenciaron ese conocimiento en lugar de la crueldad”¹⁴.

A una agresión puntual estamos siempre expuestos, pero el fenómeno de la violencia interpersonal entre los diferentes actores de la convivencia escolar, trasciende y se convierte en un problema institucional de gran relevancia, porque afecta las relaciones y las estructuras sobre las cuales se desarrolla la actividad educativa.

Un aspecto sobre el que parece haber consenso es la forma de abordar el problema, desde una posición de análisis e investigación sobre el tema de la violencia y la agresividad y sobre el propio marco escolar y sus características para poder llegar al desarrollo de programas de intervención y prevención aplicables a la realidad educativa, es decir, reflexión teórica e investigación empírica para producir conocimiento sobre las causas y las formas de solucionar el problema generalizado que nos afecta.

14 Miller. Alice. Opus Cit, pág. 273.

De esta forma, en la práctica pedagógica se encuentra que en la medida que los(as) docentes sean y generen personas tolerantes, respetuosas, amables y responsables de sus actos y de su rendimiento académico pueden mejorar las relaciones interpersonales y en consecuencia propiciar un ambiente de trabajo más agradable que repercuta en mejores condiciones de salud física y psicológica del grupo.

Es aquí donde cabe preguntarnos como protagonistas de la institución educativa acerca de la responsabilidad que tiene el sistema educativo en la formación de ciudadanos(as), y en la construcción de tejido social: ¿dónde está la sociedad que hemos contribuido a formar?, ¿qué estamos haciendo para prevenir la institucionalización de la violencia como forma de resolver los conflictos entre los y las niñas y jóvenes, que sin lugar a dudas son la esperanza de un mundo mejor?, ¿qué hacen los medios de comunicación?, ¿qué dicen y hacen los y las maestros(as) que forman a los maestros para que actúen en una sociedad violenta?, ¿dónde están los padres?, ¿dónde está el Estado?.. Una sociedad se conoce por sus manifestaciones y la calidad de vida, por los fenómenos que en ella suceden. Lamentablemente, no se puede afirmar que la sociedad de este nuevo siglo se caracterice por la fraternidad, el perdón, la misericordia, la solidaridad, la paz, la justicia, la igualdad y estos casos de violencia en las escuelas no son más que un reflejo de lo que los(as) jóvenes desde niños(as) aprenden, de modo especial, en el primer núcleo social de su entrada en el mundo de la vida: la familia.

Los medios de comunicación podrían hacer maravillas enseñando los valores universales que lleven a una sana convivencia, sin embargo lo que encontramos no es eso, hasta en las caricaturas lo que vemos son pleitos, venganzas, muertes, violencia, egoísmo... y los(as) niños(as), aprenden con gusto y cotidianamente todo lo que se transmite mediante esos poderosos medios que han invadido todos los espacios de la vida.

La sociedad y particularmente la comunidad educativa debe empezar por reconocer este fenómeno desde la percepción, la emoción y la razón y no ser indiferente ante la gravedad de la violencia, pero este sentimiento debe llevarla a comprometerse y a cultivar la capacidad de reaccionar frente a ella en cualquier escenario –no sólo en la familia o en la escuela– sentir es percibir y decidirse a actuar frente a lo percibido. En este actuar cabe resaltar que la vida y los demás valores humanos deben ser un derecho, un deber y un valor supremo frente a cualquier categoría de poder que la amenace.

Los(as) maestros(as) comprometidos con su vocación creen con firmeza en valores como la solidaridad, la mutua comprensión y respeto o la personalización de la educación. Los proyectos educativos están llenos de nobles palabras e ideales. Sin embargo, es preciso contrastar el pensamiento con la acción pedagógica. En muchos casos, lo que realmente se piensa se desprende de lo que de hecho se hace: "dime lo que haces y te diré qué valores tienes", se podría afirmar.

Es necesario entonces crear propuestas que puedan ser aplicadas en el mismo espacio escolar, comprometiéndose no sólo a estudiantes, docentes y directivos, sino a la familia y a toda la institución. Es urgente volver a pensar la escuela desde el principio. Poner una y mil veces sobre el tapete la discusión sobre su función. Retornar siempre sobre la necesidad de reconstruir una perspectiva humana, asignar de nuevo valor al afecto, a la amistad, a la risa, a la historia personal desde la cual se comprende el mundo, el arte, la ciencia y las relaciones con los demás. Es necesario imaginar una escuela que no quede confinada a la fronteras físicas de tapias o cercados –cuyas paredes y ambiente rígido enseñan a ser “duro”–, una escuela en la que el amor al conocimiento no esté preso en la repetición de textos y leyes... Necesitamos una escuela que permita a los(as) maestros(as) sentir hermosos y productivos los días de nuestras vidas y cada acto educativo una ilusión para su vida personal y profesional. Hace falta inventar una escuela con tiempo para conversar, dialogar, escuchar, acompañar, ser solidarios, acordar, concertar y comprometerse con las vivencias y las ilusiones, una escuela donde los sueños sean posibles de realizar en el tiempo, sólo así se aprende a convivir. En nuestro país, tristemente tocado en todos sus rincones por la violencia y la muerte, no podemos renunciar a la compasión y a la piedad. ¿Dónde se puede aprender esto que no sea en la escuela?, ¿en qué otro lugar se puede iniciar la conciliación?, ¿cómo aprender a trabajar día a día, admitiendo que nuestros(as) estudiantes están marcados(as) profundamente por la ira y el miedo?¹⁵

Esta investigación quiere llegar a los adultos¹⁶ que interactúan con los y las niñas y jóvenes para incitarlos a reflexionar y valorar el efecto de sus interrelaciones sociales cotidianas, en sus comportamientos para beneficiar a los estudiantes con más limitaciones que posibilidades, con más carencias que logros, para que el tiempo que transcurre en la escuela sea un tiempo valorizado, creativo que lleve a la construcción de sujetos sociales más amorosos y solidarios.

La institución educativa, aún sin proponérselo no se limita a lo académico, a la metodología de las disciplinas científicas, contribuye a generar valores básicos necesarios para la sociedad en la que está inserta, ligados al sentido de identidad y pertenencia. Así mismo debe apuntar sus esfuerzos a la formación integral de los(as) estudiantes, a la solución de algunos problemas y en especial al ser y el hacer donde se refleje el desarrollo cultural y político que permita como mínimo sentirse reconocidos(as) en la escuela, en la familia y más tarde en la sociedad, sin sentirse excluidos(as) de la vida colectiva o que generen desadaptaciones. De igual

15 CAJIAO, Francisco. “Maltrato, violencia y estructura familiar”. En: *Violencia en la escuela*. Serie: Vida de Maestro. IDEP. Alcaldía Mayor de Santafé de Bogotá. 1999.

16 Padres, docentes, directivos, administrativos, orientadores(as), servicios generales, entre otros.

forma, es su labor elevar el nivel de conciencia de los educandos para que asuman un rol de mayor compromiso dentro del marco de estructuras, creencias, leyes, reglas morales de lo que es o no permitido, que deben interiorizar para despertar el sentido de pertenencia e identidad que les permita –con el concierto de todos– participar de su modificación (elaboración de normas y acuerdos de convivencia) y de otras actividades y procesos que les brinden cohesión cultural. Para lograr esto es necesario organizar y diseñar un sistema de convivencia en la escuela que requiere de un trabajo compartido para elaborarlo y mantenerlo funcionando de acuerdo a las necesidades institucionales, unas pruebas y adecuaciones periódicas que le permitan construirse día a día (comprendiendo que nunca estará terminado y que responde a un verdadero compromiso social) y un lugar de encuentro, transmisión, ejercicio y práctica democrática que edifique la ciudadanía desde el espacio escolar.

Establecer relaciones grupales basadas en la solidaridad y no en la competencia que empujen a la agresión de unos contra otros por el deseo de ganar, de ser siempre el primero, de ser el mejor. Habrá que enseñar a competir con uno mismo para ser mejor cada día, y ayudar al otro a serlo con uno, pero jamás a costa de él. Es necesario reconocer que debemos sustituir la violencia por el diálogo, por acuerdos y convenios iniciados desde el aula y el espacio escolar y que es posible hacerlo extensivo a la comunidad, la localidad, la ciudad y la nación.

Bibliografía

- CAJIAO, Francisco. “Maltrato, violencia y estructura familiar”. En: *Violencia en la escuela*. Serie: Vida de Maestro. IDEP. Alcaldía Mayor de Santafé de Bogotá. 1999.
- CASTAÑEDA, Elsa. “Educación secundaria: un presente por construir. Jóvenes, educación y violencia”. En: *Violencia en la escuela*. Serie: Vida de Maestro. IDEP. Alcaldía Mayor de Santafé de Bogotá. 1999.
- CEREZO R., Fuensanta. *La violencia en las aulas*. Editorial Pirámide. Madrid. 1999.
- CHAUX, Enrique. *Agresión reactiva, agresión proactiva y el ciclo de la violencia*. Instituto Colombiano para el Desarrollo de la Ciencia y la Tecnología “Francisco José de Caldas” – COLCIENCIAS y al Observatorio de Ciencia y Tecnología. Bogotá. 2003.
- FERNÁNDEZ, Gabriela. *La ciudadanía en el marco de las políticas educativas*. \t “_top” Ediciones - \t “_top” Revista Iberoamericana de Educación \t “_top” Número 26. \t “_top” OEI. Chile. 2001.

MILLER, Alice. *Por tu propio bien. Raíces de la violencia en la educación del niño*. Tusquet. Barcelona. 2001.

VASCO U., Carlos E. “La educación para la ciudadanía, la paz, la democracia y los derechos humanos: Una mirada integral a las instituciones educativas”. En: *Escuelas y Ciudadanías*. Corporación Región. Medellín. 2003.